

Índice

Introducción	
Benedetto Croce	11

Prólogo	
César Palma	31

Pentamerón El cuento de los cuentos

Primera Jornada	37
Introducción	39
El cuento del ogro	47
El mirto	55
Peruonto	63
Vardiello	71
La pulga	77
La gata cenicienta	83
El mercader	91
Cara de cabra	103
La cierva encantada	109
La vieja desollada	115
El crisol	125

Segunda Jornada	151
Petrosinella	157
Verde Prato	163
Viola	169
Cagliuso	175
La culebra	181
La osa	189
La paloma	197
La esclavita	207
El candado	211
El compadre	215
La tintura	221
Tercera Jornada	233
Cannetella	237
Penta	243
El Viso	251
Sapia Liccarda	259
La cucaracha, el ratón y el grillo	265
El bosque de ajos	273
Corvetto	279
El ignorante	285
Rosella	291
Las tres hadas	297
La estufa	305
Cuarta Jornada	313
La piedra del gallo	319
Los dos hermanos	325
Los tres reyes animales	333
Las siete cortezas	339
El dragón	345
Las tres coronas	353
Las dos tortitas	361
Los siete pichones	367
El cuervo	377
La soberbia castigada	387
El garfio	393

Quinta Jornada	403
La oca	409
Los meses	413
Lindo Encarnado	417
El tronco de oro	423
Sol, Luna y Talía	431
Sapia	435
Ninnillo y Nennella	439
Los cinco hijos	445
Los tres toronjas	449
Conclusión	457
Epílogo	
Italo Calvino	461

Pentamerón
El cuento de los cuentos

Primera Jornada



Introducción

Dice uno de esos proverbios rancios, de antiguo cuño, que quien busca lo que no debe encuentra lo que no quiere; como sabido es que el mono, por ponerse las botas, quedó prendido del pie¹. Igual cosa le ocurrió a una esclava harapienta que jamás había usado zapatos y pretendió ceñirse una corona a la cabeza. Pues tal como el molino elimina todas las asperezas y siempre llega el día de la rendición de cuentas, aquélla, por haberse adueñado con añagazas de algo que pertenecía a otros, acabó en medio de una rueda de coces y tanto como se había encumbrado así de bajo cayó, de la manera que a continuación se cuenta.

Érase una vez un rey de Vallepelosa que tenía una hija llamada Zoza, a la cual, como si fuese un nuevo Zoroastro o un nuevo Heráclito, nunca se le veía reír. Por ello el pobre padre, que no poseía más consuelo que el de su única hija, hacía cuanto estaba en sus manos para librarla de la melancolía, y así convocaba, para abrirle el apetito, ora a esos que andan con zancos, ora a esos que hacen contorsiones con un aro, ora a bufones, ora a Maestro Ruggiero², ora a malabaristas, ora a las fuerzas de Hércules³, ora al perro bailarín, ora a Bracone⁴ saltarín, ora al burro que bebe

1. Referencia a una antigua técnica para capturar monos: cuando avistaba un mono, el cazador se ponía y quitaba varias veces un par de botas, que luego, untadas por dentro de engrudo, dejaba a la vista. El mono quedaba apresado al imitar el gesto del cazador.

2. Cantante popular que dio nombre a un baile.

3. Grupo de gimnastas.

4. Nombre que recibía el mono amaestrado.

de un vaso, ora a Lucia canazza⁵, ora a este ora a aquel otro. Mas todo resultaba vano, ya que ni el remedio de Maestro Grillo⁶, ni la hierba sardónica, ni una estocada en pleno diafragma hubieranle hecho estirar un poquito la boca. Tanto es así que el pobre padre, por hacer un último intento y sin saber ya qué probar, ordenó que se construyese una fuente de aceite frente a las puertas de palacio, con miras a que las gentes que por aquella calle pululaban como hormigas, al ver el aceite manar y por evitar mancharse las ropas, se pusiesen a saltar como grillos, diesen volteretas de cabras y corriesen como liebres, y para que, al resbalar y pringarse, produjesen alguna situación que moviese a su hija a desternillarse de risa.

Acabada que fue la fuente y un día en que Zoza estaba a la ventana tan tiesa como una salazón, apareció por casualidad una vieja que se puso a absorber el aceite con una esponja y a exprimirla en seguida en un jarrón. Y mientras la vieja seguía de lo más atareada con su faena, un demonio de chico, paje de la corte, arrojó una china con tal puntería que dio de lleno en el jarrón y lo hizo añicos.

La vieja, que no tenía pelos en la lengua ni dejaba que nadie se le subiese a la chepa, volvióse hacia el paje y empezó a decirle: «¡Ah, mocoso, pelagatos, guarro, meón, lengüeta de clavicordio, descamisado, sogá de ahorcado, mulo bastardo! ¡Toma, ahora hasta las pulgas tienen tos! ¡Anda, que te quedes patitieso, que a tu madre le den la mala nueva, que no llegues a ver el uno de mayo!⁷ ¡Anda, que te claven una lanza catalana⁸ o mejor que te agarroten, para que no corra sangre! ¡Que te caigan mil desgracias a toda vela! ¡Que se pierda tu simiente, bribón, sabandija, hijo de mujer del arte, ladrón!».

El muchacho, que apenas tenía bozo y todavía menos discreción, oyendo esa regañina de padre y señor mío que le caía encima, quiso pagarle con la misma moneda y así le dijo: «¿Por qué no cierras esa cloaca,

5. Canción y baile de origen probablemente árabe.

6. Maestro Grillo es el protagonista de una obra cómica (*Opera nuova piaceuole da ridere de un villano lauratore nomato Grillo quale volse douentar medico, in rima istoriata*, Venecia, 1519) que logra sanar a la hija de un rey provocándole un estallido de risa.

7. El uno de mayo era día festivo en muchas ciudades italianas. En Nápoles se adornaba una plaza del puerto con flores de retama (cuyo nombre en napolitano es *sciure 'e majo* [flor de mayo]) y en medio se colocaba el palo de la cucaña.

8. La eficacia de la lanza catalana era entonces proverbial.

abuela del diablo, bruja chupasangre, ahoganiños, cagatrapos, cara de pedo?». La vieja, cuando hubo oído estas novedades de su casa, montó en tal cólera que, perdiendo los estribos y saliendo disparada del establo de la paciencia, levantó su telón de foro y exhibió una escena silvestre de la que Silvio⁹ bien podría haber dicho: «Id despertando los ojos con el cuerno». Y no bien Zoza vio ese espectáculo le entró tal risa que poco le faltó para caerse muerta.

La vieja, al sentirse burlada, se irritó y, volviéndose hacia Zoza con cara de quitar el hipo, le dijo: «¡Anda, que jamás veas ni la sombra de un marido si no consigues al príncipe de Camporotondo». Zoza oyó estas palabras y mandó llamar a la vieja, de la que quiso saber a como diera lugar si solamente la había insultado o si le había echado una maldición.

Y la vieja respondió: «Sabe que este príncipe que he nombrado es una espléndida criatura llamada Tadeo, quien, por la maldición de un hada, ha dado la última pincelada al cuadro de la vida y ha sido enterrado en un sepulcro situado a extramuros de la ciudad. En ese sepulcro hay un epitafio que dice que la mujer que con sus lágrimas llene en tres días un cántaro que cuelga allí mismo de un gancho, lo hará resucitar y se convertirá en su mujer. Y como es imposible que dos ojos humanos orinen lo suficiente para llenar un cántaro de media fanega, a menos que se trate, según he oído decir, de esa tal Egeria¹⁰ que en Roma se transformó en una fuente de lágrimas, yo, al verme burlada y vejada por vos, os he echado esta maldición, y al cielo imploro que salga como está mandado para que reciba venganza por la afrenta que se me ha inferido». Dicho lo cual se escurrió escaleras abajo por miedo a ganarse una paliza.

En ese preciso instante Zoza empezó a rumiar y a masticar las palabras de la vieja, un diablillo tentador se le metió en la cabeza y, después de girar una rueda de ideas y un molino de dudas en torno a ese suceso, al cabo, arrastrada por el carro de esa pasión que nubla el juicio y hechiza el raciocinio del hombre, se apoderó de un puñado de escudos de las arcas de su padre, salió del palacio y tras largo caminar llegó por fin al castillo de un hada.

Una vez que le hubo abierto su corazón al hada, ésta, apiadada de tan

9. Silvio es el protagonista del *Pastor fido* de G. B. Guarini (1538-1612): «Id despertando los ojos con el cuerno y con la voz los corazones», I, I.

10. La ninfa Egeria vertió tantas lágrimas por la muerte del rey Numa que fue transformada en fuente por Diana (Ovidio, *Metamorfosis*, xv, 479-551).

hermosa muchacha, que bien podía caerse del caballo espoleada por su juventud y el ciego amor por algo desconocido, le dio una carta de recomendación para una hermana suya, también hada. Ésta la recibió con mucho obsequio y a la mañana siguiente —cuando la Noche manda publicar a las aves el bando en que promete una buena recompensa a quien le dé nuevas sobre una bandada de negras sombras extraviadas— le entregó una espléndida nuez y le dijo: «Toma, hija mía, cuídala bien y no la abras sino en instantes de gran apuro».

Y con otra carta la recomendó a una tercera hermana. Llegada a la morada de ésta después de un largo viaje, fue acogida con el mismo cariño y a la mañana siguiente recibió otra carta para una cuarta hermana, y con la carta una castaña y la misma advertencia que la anterior le había hecho con la nuez. Se pone una vez más en camino y por fin llega al castillo de la última hada, que le hizo mil mimos y por la mañana, cuando estaba a punto de marcharse, le entregó una avellana, con la misma advertencia de que no la abriese a menos que la apremiase la necesidad.

Con estas tres cosas Zoza lió el hato y recorrió tantos países y cruzó tantos ríos y bosques que, pasados siete años —justo cuando el Sol, despertado por las trompetas de los gallos, ensilla su caballo para hacer las acostumbradas postas—, casi desfallecida llegó a Camporotondo, donde, antes de entrar en la ciudad, descubrió un sepulcro de mármol a los pies de una fuente que, como se veía en una cárcel de pórvido, lloraba lágrimas de cristal.

Cogió, pues, el cántaro que de allí colgaba y, con él entre las piernas, empezó a representar la comedia de *Los mellizos*¹¹ con la fuente y sin levantar en ningún momento la cabeza de la boca del cántaro, de forma que en menos de dos días ya había llenado hasta un par de dedos del cuello y apenas le faltaban otros dos para que estuviese repleto; sólo que, cansada de tanta llantina, sin quererlo fue engatusada por el sueño y obligada a refugiarse durante un par de horas bajo la cortina de los párpados.

Mientras, una esclava con piernas de grillo que solía ir a la fuente a llenar un barril y sabía lo del epitafio, pues de él se hablaba en todas partes, cuando hubo visto que Zoza había llorado lo bastante como para formar dos riachuelos, se mantuvo al acecho esperando a que el cántaro

11. *Los mellizos*, comedia de Plauto (*Menaechmi* en el título plautino) muy popular e imitada en los siglos XVI y XVII (inspira, por ejemplo, la *Comedy of errors* de Shakespeare). Sus protagonistas son dos mellizos cuya extrema semejanza crea infinidad de situaciones equívocas y confusas.

estuviese bien lleno para arrebatarse luego el botín y dejarla con un puñado de moscas en la mano.

Así, en cuanto la vio dormida, diestramente le quitó el cántaro del regazo y, poniendo los ojos encima, con cuatro estrujones lo llenó hasta el borde. No bien estuvo repleto, el príncipe, como si despertase de un largo sueño, se incorporó de aquel ataúd de piedra blanca y se abrazó a aquella masa de carne negra. Y, llevándosela al punto a su palacio, con fiestas y juegos de luces maravillosos la convirtió en su esposa.

Al despertarse Zoza y encontrar el cántaro vacío, y con el cántaro sus esperanzas, y descubrir el sepulcro abierto se le encogió el corazón, tanto que poco le faltó para abrir los fardos del alma en la aduana de la Muerte. Al cabo, viendo que no había remedio para su desgracia y que no podía quejarse nada más que de sus ojos por haber vigilado mal la ternera¹² de sus esperanzas, se encaminó a paso lento hacia la ciudad, donde, oyendo hablar de las fiestas del príncipe y de la clase de mujer que había tomado, comprendió al instante cómo había ocurrido todo y se dijo, suspirando, que dos cosas negras habíanla dejado postrada sobre la desnuda tierra, el sueño y una esclava.

No obstante, por hacer cuanto estaba en sus manos contra la muerte, de la que todo animal se defiende como mejor puede, arrendó una graciosa casa frente al palacio del príncipe, desde la cual, si no podía ver al ídolo de su corazón, al menos contemplaba los muros del templo en el que se hallaba encerrada la dicha que anhelaba. Pero un día fue descubierta por Tadeo, que, como un murciélago, no hacía sino volar en derredor de la negra noche de la esclava, y que se convirtió en águila de tanto fijarse en la figura de Zoza, la cual era un derroche de los privilegios de la naturaleza y el «no va más» de los términos de la belleza.

La esclava se dio cuenta y armó un jaleo de mil demonios, y, encinta como estaba de Tadeo, amenazó a su marido con estas palabras: «Si de ventana no largar, yo puñetazos en barriga dar y a Giorgetiello matar». Tadeo, que le tenía apego a su prole, temblando como un junco y para no causarle ningún disgusto, se desprendió, como el alma del cuerpo, de la vista de Zoza.

Y Zoza, al ver que desaparecía también ese mínimo consuelo de sus ya escasas esperanzas e ignorando qué hacer en ese momento de apuro,

12. Alusión a la vaca Io, que es robada por Mercurio pese a la vigilancia, con cien ojos, de Argo (Ovidio, *Metamorfosis*, I, 568-746).

de repente se acordó de los regalos de las hadas. Abrió, pues, la nuez, y de ésta salió un enanito del tamaño de un muñeco, la figurilla más graciosa jamás vista en el mundo, que, trepando al punto a la ventana, se puso a cantar con tantos trinos, gorjeos y jijeos que parecía un compadre Rubio, era mejor que Pezzillo y dejaba atrás al Ciego de Potenza¹³ y al Rey de los Pájaros.

De casualidad la esclava lo vio y oyó, quedando tan prendada de él que llamó a Tadeo y le dijo: «Si no traer ese diablillo que cantar, yo puñetazos en barriga dar y a Giorgetiello matar». El príncipe, que se había dejado poner la brida a la mora, en seguida mandó preguntar a Zoza si se lo quería vender, y ella le respondió que no era un mercader, pero que se lo entregaba gustosa si lo aceptaba como un obsequio. Tadeo, cuyo único deseo era complacer a su mujer para que llevara a feliz término el parto, aceptó su ofrecimiento.

Mas al cabo de cuatro días Zoza abrió la castaña y salió una gallina con doce polluelos de oro, y la esclava, nada más verla en la misma ventana, fue asaltada por un deseo irrefrenable. Así que llamó a Tadeo y señalando esa cosa tan bonita le dijo: «Si esa gallina no pillar, yo puñetazos en barriga dar y a Giorgetiello matar».

Y Tadeo, que se dejaba doblegar y llevar como un dominguillo por esa perra, envió un nuevo emisario a Zoza con el recado de que le pidiese cuanto se le antojase a cambio de tan formidable gallina. Pero de ella obtuvo la misma respuesta de antes, la de que se la aceptase como un obsequio, pues no hacía sino perder su tiempo hablándole de ventas. Y él, que estaba atado de manos, hizo de la necesidad virtud y, ya en poder de ese magnífico bocado, quedó perplejo de la liberalidad de una mujer, sexo tan ávido que no sabría conformarse ni con todos los lingotes de oro que llegan de las Indias.

Pero pasados unos días más Zoza abrió la avellana, de la que salió una muñeca que hilaba oro, cosa realmente tan portentosa que no bien fue colocada en la misma ventana y vista por la esclava, ésta volvió a llamar a Tadeo y le dijo: «Si muñeca no comprar, yo puñetazos en barriga dar y a Giorgetiello matar».

Y Tadeo, que se dejaba manejar como una rueca y llevar de los cabezones por la arrogancia de la esclava, por la que se había dejado

13. El compadre Rubio (en el original, *compa' Iunno*), Pezzillo y el Ciego de Potenza eran cantantes muy populares en la época de Basile.

montar, sin arrestos ya para enviar a nadie a pedirle la muñeca a Zoza, optó por ir personalmente, al venirle a las mientes los dichos: «No hay mejor mensajero que uno mismo»; «quien quiera vaya y quien no quiera mande»; y «quien tenga ganas de comer pescado ha de mojarse la cola». Así, después de que le hubo rogado durante largo rato que le perdona-se su condescendencia a los antojos de una mujer embarazada, Zoza, que estaba embelesada ante el motivo de todos sus avatares, se contuvo y se dejó rogar una y otra vez al objeto de retener los remos y gozar más tiempo de la vista de su señor, que le había sido robado por una horripilante esclava. Y por fin, al igual que había hecho con las otras cosas, le entregó la muñeca, aunque no sin pedirle antes a esa cosilla de barro que insuflase en el pecho de la esclava el deseo de escuchar cuentos.

Tadeo, que se vio con la muñeca en su poder sin haber desembolsado un solo real, quedó asombrado de tanta generosidad y le ofreció su hacienda y su vida como compensación a todos esos favores. Y de regreso en el palacio entregó la muñeca a su mujer, quien, nada más ponérsela en el regazo para solazarse, pareció Amor en forma de Ascanio abrazado por Dido¹⁴: pues así le prendió fuego en el corazón y la invadió un deseo tan ardiente de escuchar cuentos que, incapaz de resistirse y sin tocarse la boca por miedo a que le saliese un hijo parlanchín, llamó a su marido y le dijo: «Si no venir gente y cuentos contar, yo puñetazos en barriga dar y a Giorgetiello matar».

Tadeo, por desembarazarse de este engorro, mandó publicar un bando: que todas las mujeres del país acudieran a su presencia un día fijado. Y ese día —al despuntar de la estrella Diana, que despierta al Alba para que tenga preparados los caminos por los que ha de pasear el Sol— se reunieron todas en el lugar convenido.

Pero Tadeo no consideró oportuno retener a toda esa chusma sólo por un capricho de su mujer, amén de que le producía sofoco ver tal gentío, y así seleccionó solamente a diez, las mejores de la ciudad, aquellas que le parecieron más duchas y charlatanas, y que fueron Zeza la patoja, Cecca la chueca, Meneca la papuda, Tolla la nariguda, Popa la gibosa, Antonella la cachazuda, Ciulla la jetona, Paola la bizca, Ciommetella la tiñosa y Iacova la perdularia.

Y, una vez que fueron apuntadas en un papel y las demás despedidas,

14. En Virgilio, *Eneida*, I, 685 y ss. Por encargo de Venus, Amor toma el aspecto de Ascanio, hijo de Eneas, para conquistar el corazón de Dido.

ellas y la esclava se levantaron de debajo del baldaquín y se dirigieron despacio a un jardín del palacio, cuyas frondosas ramas formaban tal maraña que el Sol no podía atravesarlas con los haces de sus rayos. Y, cuando se hubieron sentado bajo una pérgola cubierta por una parra de uva, de cuyo centro manaba una gran fuente, maestra que era de la escuela de cortesanos, pues a diario les enseñaba a chismosear, Tadeo habló así: «No hay cosa más sabrosa en el mundo, estimadas damas mías, que oír el relato de hechos acaecidos a otros, y no sin razón aquel gran filósofo dijo que la felicidad última del hombre es la de escuchar cuentos placenteros, ya que oyendo cosas amables los afanes se esfuman, las ideas molestas se ahuyentan y la vida se prolonga. Así vemos, impulsados por ese mismo deseo, a los artesanos abandonar sus talleres, a los mercaderes sus tiendas, a los abogados sus pleitos, a los negociantes sus asuntos, e ir boquiabiertos por barberías y mentideros en busca de noticias falsas, crónicas ficticias y gacetas de aire. He, pues, de disculpar a mi mujer por este melancólico antojo de escuchar cuentos que se le ha metido en la cabeza. Y si os place dar en el blanco de los deseos de mi princesa y satisfacer plenamente los míos, acceded, durante los cuatro o cinco días que aún le restan para descargar la panza, a relatar al día cada una un cuento de aquellos que las viejas suelen contar para regocijo de los más pequeños. Os reuniréis siempre en este lugar, donde primero se comerá y en seguida se dará inicio a las pláticas, para concluir la jornada con una égloga que se encargará de recitar alguno de nuestros criados. Y así transcurriremos alegremente la vida, ¡y pobre del que muere!».

Concluidas estas palabras, todas aceptaron con una inclinación de cabeza el mandato de Tadeo; y, dispuestas que fueron las mesas y servidas las viandas, pusiéronse a comer hasta que, una vez que terminaron de manducar, con un gesto el príncipe pidió a Zeza la patoja que rompiera el fuego. Y Zeza, después de hacer una larga reverencia al príncipe y a su mujer, empezó a hablar así.